
ACTO PRIMERO.

Corte del Rey Carlos en China.

ESCENA PRIMERA.

DUNOIS y DUCHATEL.

DUNOIS.—¡No; no lo sufriré más largo tiempo! Me separo de este Rey, que tan ignominiosamente se abandona. Mi corazón esforzado mana sangre en el pecho, y derramo lágrimas de fuego, al presenciar que salteadores se reparten con su espada el reino de Francia, y que las más nobles ciudades, tan antiguas como nuestra monarquía, entregan al vencedor sus llaves mohosas, mientras nosotros aquí, en el descanso y la ociosidad, malgastamos un tiempo precioso, que debiéramos emplear en libertarnos... Oigo que Orleáns está amenazada; acudo volando desde la lejana Normandía, creyendo que el Rey, armado de todas armas, se halla al frente de su ejército, y lo encuentro... rodeado de trovadores y juglares, descifrando sutiles charadas, y celebrando galanas fiestas en honor de Sorel, como si la paz más profunda reinase en todo el imperio...

El Condestable se va, porque no quiere ser testigo de semejante espectáculo... Yo lo imito, y lo abandono á su triste suerte.

DUCHATTEL.—¡El Rey viene!

ESCENA II.

Los mismos y el Rey CARLOS.

CARLOS.—El Condestable nos ha devuelto su espada, y renuncia á nuestro servicio... ¡Sea enhorabuena! Así nos vemos libres de un hombre atrabiliario, que se proponía dominarnos imperiosamente.

DUNOIS.—Mucho vale un hombre en estos tiempos calamitosos. Yo, á lo menos, no lo perdería tan tranquilo.

CARLOS.—Hablas así sólo por el placer de contradecirme. Mientras ha estado con nosotros, no ha sido tu amigo.

DUNOIS.—Era un loco, sombrío y antipático, que nunca se resolvía... pero ahora no lo hizo así. Ha sabido retirarse en el momento oportuno, cuando no hay gloria que ganar.

CARLOS.—Te encuentras hoy de buen humor, y no quiero contrariarlo. ¡Ho'a, Duchatel! Han llegado embajadores del viejo Rey René, acabados maestros de canto, y de gran fama... Hay que hospedarlos espléndidamente, y regalar á cada uno una cadena de oro. (Al Bastardo.) ¡Por qué te sonries?

DUNOIS.—Porque hablas de cadenas de oro.

DUCHATTEL.—No hay ya, señor, cadena alguna de ese metal en tu tesoro.

CARLOS.—¡Bien! Búscala en otra parte... Ningún poeta egregio ha de dejar mi corte sin recibir galardón. Por ellos florece mi seco cedro, y se entrelazan en mi estéril corona

ramas de verde perenne. Iguales á Monarcas, con ilusiones construyen su trono, y sus alegres dominios carecen de fronteras. Así los cantores son iguales á los Reyes, porque unos y otros se elevan sobre los demás hombres.

DUCHATTEL.—¡Soberano señor mío! He cuidado de no molestar tus oídos, mientras había medios posibles de ayudarte; pero al fin la necesidad desata mi lengua... Nada te pónis que dar, ¡ay de mí! Nada hay para que viváis mañana. Vuestras riquezas, antes tan grandes, se han agotado, y en la arcas de tu tesoro hay sólo aire. Aun no se ha pagado el sueldo de las tropas, que murmuran, y amenazan abandonarte... Apenas cuento con recursos para los gastos de vuestra real casa, no como conviene á un Monarca, sino para las atenciones más perentorias.

CARLOS.—Empeñad las rentas de la Corona, y pedid dinero á los lombardos.

DUCHATTEL.—Las rentas, señor, de vuestra corona; los impuestos, están empeñados ya por tres años.

DUNOIS.—Y mientras tanto se ha perdido la tierra y su hipoteca.

CARLOS.—Nos quedan todavía muchas provincias, tan ricas como bellas.

DUNOIS.—Si lo quiere Dios y la espada de Talbot. Cuando se rinda Orleáns, podréis acompañar á vuestro Rey René á guardar ovejas.

CARLOS.—Siempre aguzas tu ingenio en daño de tu Soberano. Sin embargo, ese mismo Rey sin reino me ha enviado hoy un presente regio.

DUNOIS.—Pero no sus estados de Nápoles, ¡pardiez! Porque, según he oído, se venden á bajo precio, desde que él apacienta los rebaños.

CARLOS.—Es un juego, una distracción grata, una fiesta que ofrece á su corazón, inocente y pura en medio de la triste realidad de la barbarie que lo rodea. Mas su propó-

sito es grandioso y magnánimo... Intenta resucitar los tiempos pasados, en que dominaba la ternura, en que el amor impulsaba al caballero á acometer hazañas heroicas, y las damas de la nobleza formaban un tribunal, y decidían con delicado acierto las más sutiles cuestiones. Ese anciano feliz vive en esa época; y, como dicen las antiguas canciones, así también desea fundar una ciudad celeste, entre doradas nubes, en esta tierra... Ha instituido una Corte de amor, á la cual han de concurrir los nobles caballeros, en donde han de reinar las castas damas y dominar los afectos más delicados, habiéndome elegido Príncipe del amor.

DUNOIS.—No soy yo hombre tampoco que desprecie el poder del amor. De él viene mi nombre, soy su hijo, y toda mi herencia pertenece á su imperio. Mi padre era el Príncipe de Orleans; ningún corazón de mujer era invencible para él, ni ninguna fortaleza inexpugnable para su valor. Si queréis llamaros con propiedad Príncipe del amor, sed el valiente entre los valientes... Según he leído en esos libros antiguos, el amor y el más noble espíritu caballeresco caminaban siempre unidos; y héroes, no pastores, se sentaban en la Tabla redonda. El que no puede proteger á la belleza, tampoco merece su preciada recompensa... He aquí el campo de batalla. ¡Combatid por la corona de vuestros abuelos! ¡Defended con la espada del caballero vuestros dominios y el honor de las nobles damas!... Cuando osado rescatéis entre torrentes de sangre enemiga el cetro que heredasteis, entonces será ocasión, como conviene á un Príncipe, de coronarse con los mirtos del amor.

CARLOS. (A un paje que entra.) ¿Qué hay?

EL PAJE.—Los Consejeros de Orleans piden audiencia.

CARLOS.—¡Que entren! (Vase el Paje.) Solicitarán auxilio. Pero ¿qué puedo hacer por ellos en mi triste situación?

ESCENA III.

Los mismos y tres CONSEJEROS.

CARLOS.—¡Bien venidos seáis, fidelísimos súbditos míos de Orleans! ¿Cuál es el estado de mi buena ciudad? ¿Sigue resistiendo con su acostumbrado denuedo al enemigo que la asedia?

UN CONSEJERO.—¡Ah, señor! Su aflicción es extraordinaria, y cada hora acrece su gravedad. Las obras exteriores están destruidas, y el enemigo gana terreno á cada asalto. Las murallas carecen de defensores, y los soldados que quedan, pelean sin descanso, y sucumben de fatiga. Pocos vuelven á ver las puertas de su ciudad natal; y además nos amenaza el azote del hambre. Por esta razón el noble Conde de Rochepierre, que manda en Orleans, obligado por la necesidad, y según la antigua usanza, ha convenido con los sitiadores en entregarla dentro de doce días, si ningún ejército auxiliar, bastante numeroso para salvarla, se presenta dentro de este plazo. (Dunois hace un gesto marcado de cólera.)

CARLOS.—Breve es el plazo.

UN CONSEJERO.—Y ahora hemos venido aquí con salvoconduto del enemigo, á suplicar á V. M. que se apiade de su ciudad y la socorra dentro del plazo indicado, porque si no, se rendirá á su terminación.

DUNOIS.—¿Y dió Saintrailles su voto en favor de este trato lo ignominioso?

EL CONSEJERO.—¡No, señor! Mientras vivió ese valiente, no quiso oír hablar de paz ni de rendición.

DUNOIS.—¿Ha muerto?

EL CONSEJERO.—Sucumbió con heroísmo en la muralla, defendiendo la causa de su Rey.

CARLOS.—¿Saintrailles muerto? En él he perdido un ejército. (Llega un caballero, y habla con el Bastardo en voz baja, produciéndole sensible turbación.)

DUNOIS.—¿También esto?

CARLOS.—¿Qué más sucede?

DUNOIS.—El Conde Douglas envía un mensaje. Las tropas escocesas se sublevan, y amenazan retirarse, si no se les pagan sus sueldos atrasados.

CARLOS.—¡Duchatel!

DUCHATTEL. (Encogiéndose de hombros.)—¡Señor! No se me ocurre expediente alguno para pagarlos.

CARLOS.—Promete, empeña cuanto haya, la mitad de mi reino...

DUCHATTEL.—¡De nada servirá! ¡Se les ha engañado tantas veces!

CARLOS.—Son los mejores soldados de mi ejército. No; ahora no deben abandonarme.

EL CONSEJERO. (Doblando una rodilla.)—¡Ayudadnos, oh, Rey! ¡Acordaos de nuestra necesidad!

CARLOS. (Desesperado.)—¿Puedo yo hacer surgir ejércitos de la tierra? ¿Puedo hacer brotar un campo de espigas en la palma de mi mano? ¿Hacedme pedazos; arrancadme el corazón, y convertido en oro! Para vosotros es mi sangre; pero ni tengo dinero ni soldados. (Ve entrar a Inés Sorel, y corre hacia ella con los brazos abiertos.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS é INÉS SOREL con una cajita en la mano.

CARLOS.—¡Oh, Inés mía! ¿Vienes, mi vida, á arrancarme á la desesperación? Pero tú me quedas; puedo refugiarme en tu pecho, y contigo nada se ha perdido, porque eres mi mayor bien.

INÉS.—¡Mi amado Rey! (Mirando alrededor con curiosidad y angustia.) ¡Dunois! ¿Es cierto? ¡Duchatel!

DUCHATTEL.—Lo es desgraciadamente.

INÉS.—¿Tan irremediable es nuestra desventura? ¿Hace falta dinero? ¡Intentan retirarse las tropas?

DUCHATTEL.—¡Nada más cierto!

INÉS. (Ofreciéndole la cajita con empeño.)—¡Aquí, aquí hay oro, aquí hay joyas... Fundid mi vajilla de plata... Vended, dad en hipoteca mis castillos. Sirvan de garantía mis bienes de Provenza... Que se convierta todo en dinero para pagar las tropas. ¡Pronto! ¡No hay que perder tiempo! (Llevándolo hacia fuera.)

CARLOS.—Decid, pues, Dunois, Duchatel, ¿soy pobre todavía, poseyendo la perla de las mujeres?... Ha nacido noble, como yo, y ni la sangre real de los Valois es más pura que la suya, y podría dar mayor lustre al primer trono del mundo... Y, sin embargo, lo desprecia, bastándole ser mía, y que yo la ame. Jamás ha recibido de mí otros regalos más preciosos, que alguna flor temprana en el invierno ó algún fruto raro. No hago por ella sacrificio ninguno, y ella por mí todos. Expone magnánimamente todas sus riquezas y bienes, cuando mi dicha está á punto de desaparecer.

DUNOIS.—Si; tan insensata es ella como vos. Arrojadis cuanto poseéis en una casa ardiendo, y vertéis el agua en el tonel agujereado de las Danaides. No os salvará, sino que, al contrario, sucumbirá con vos.

INÉS. (A Carlos.)—No lo creáis. ¡Diez veces ha arriesgado su vida por vos, y se indigna porque yo exponga ahora mi oro? ¿Cómo, pues? ¿No os he sacrificado gustosa lo que vale más que las perlas y todos los metales preciosos? ¿Por qué reservar ahora la ventura para mí sola? ¡Venid! ¡Desprendámonos de todos los adornos superfluos de la vida! ¡Dejadme daros un noble ejemplo de abnegación! ¡Trasformad en campamento vuestra corte, en acero el oro, y aventurad cuanto tengáis por recobrar vuestra corona! ¡Venid, venid! ¡Participemos de la escasez y del peligro! Mortaremos el caballo de guerra, y expondré mi cutis delicado á los rayos abrasadores del sol. Las nubes serán nuestro techo, y los peñascos nuestro asiento, y el rudo soldado sufrirá sus trabajos con paciencia, si ve á su Rey compartir sus penalidades y sus miserias.

CARLOS. (Sonriéndose.)—Sí: de ese modo se cumplirán las palabras proféticas, que me dirigió una monja de Clermont, anunciándome que una mujer me daría la victoria sobre todos los enemigos, y que, por su mediación, reconquistaría la corona de mis antepasados. Buscábala yo lejos, en el campamento de mis enemigos, y esperaba conciliarme el cariño de mi madre; y, sin embargo, he aquí la heroína que ha de llevarme á Reims, venciendo yo solo por el amor de mi Inés.

INÉS.—Triunfaréis por la espada de vuestros valerosos amigos.

CARLOS.—Mucho cuento también con las discordias de mis adversarios... Sé con seguridad que esos lores ingleses orgullosos, y mi primo el de Borgoña, no están tan unidos como en otro tiempo... Así, envié á La Hire en

embajada al Duque, con el propósito de tentar si traigo de nuevo á su deber y obediencia á ese prócer indignado... A cada instante aguardo su llegada.

DUCHATTEL. (En la ventana.)—Ese caballero entra ahora mismo en el patio.

CARLOS.—¡Bienvenido mensajero! Pronto sabremos si hemos ó no de vencer.

ESCENA V.

LOS MISMOS Y LA-HIRE.

CARLOS. (Saliendo al encuentro de La-Hire.)—¡La Hire! ¿Traes ó no buenas nuevas? Dilo en pocas palabras. ¿Qué puedo esperar?

LA-HIRE.—Poned sólo en vuestro esfuerzo toda vuestra esperanza.

CARLOS.—El orgulloso Duque ¿no quiere reconciliarse? ¡Oh! ¡Habla! ¿Cómo acogió mi mensaje?

LA-HIRE.—Ante todo, y como preliminar indispensable, exige que se le entregue Duchatel, á quien llama asesino de su padre.

CARLOS.—¿Y si no aprobamos tan vergonzosa condición?

LA-HIRE.—Entonces se rompe la alianza antes de formarse.

CARLOS.—¿Le propusiste también, como te encargué, que aceptase el combate conmigo en el puente de Montereau, en donde sucumbió su padre?

LA-HIRE.—Le presenté vuestro guante, y le dije, que, prescindiendo de vuestro rango, deseabais pelear por vuestro reino como un simple caballero. Pero él replicó que no veía la necesidad de lidiar por lo que ya poseía;

pero que, si ansiabais luchar con él, lo encontraríais delante de Orleáns, á donde pensaba ir mañana. Después me volvió las espaldas riéndose.

CARLOS.—Y ¿la voz pura de la justicia no se ha hecho oír en mi Parlamento?

LA-HIRE.—Está muda ante el furor de los partidos. El Parlamento ha acordado excluir del trono á vos y á vuestra descendencia.

DUNOIS.—Sí; el fatuo orgullo del ciudadano convertido en señor.

CARLOS.—¿No has intentado nada con mi madre?

LA-HIRE.—¿Con vuestra madre?

CARLOS.—Sí, ¿cómo se ha mostrado?

LA-HIRE. (Después de reflexionar un momento.)—Al llegar yo á San Dionisio, se celebraba la fiesta de la coronación. Los parisienses estaban engalanados, como para solemnizar un triunfo; en todas las calles destinadas al paso del Rey inglés había arcos suntuosos. El suelo estaba lleno de flores, y el populacho, dando vivas, como si Francia hubiese obtenido importante victoria, rodeaba el carruaje del Monarca.

INÉS.—Su júbilo... su júbilo tenta por objeto desgarrar el corazón de un Rey amoroso, y lleno de cariño por sus súbditos.

LA-HIRE.—He visto al joven Enrique de Lancaster sentarse en el solio real de San Luis, y, á su lado, á sus orgullosos tíos Gloucester y Bedford, y al Duque Felipe, arrodillado ante su trono, prestándole juramento de fidelidad por sus dominios.

CARLOS.—¿Oh par envilecido! ¿Oh primo indigno!

LA-HIRE.—El mancebo, inquieto, vaciló al subir al trono, y sus muchas gradas. «¡Mal agüero!» murmuró el pueblo, siguiéndole estrepitosas carcajadas. Entonces se adelantó vuestra madre, y... ¿dispensadme de decirlo!

CARLOS.—¡Veamos!

LA-HIRE.—Tomó en sus brazos al mancebo, y lo sentó en el trono de vuestro padre.

CARLOS.—¿Oh madre! ¿Oh madre!

LA-HIRE.—Hasta los furiosos borgoñones, bandas avezadas al asesinato, se ruborizaron y avergonzaron presenciándolo. Notólo ella, y volviéndose al público, dijo con voz clara: «Agradecedme, franceses, que ponga una rama sana en el lugar de un tronco enfermo. Os libro del hijo mal nacido de un padre insensato.» (El Rey se oculta el rostro. Inés corre á él, y lo estrecha en sus brazos, y todos los circunstancias expresan su horror y su indignación.)

DUNOIS.—¿Oh loba! ¿Oh atroz meguera!

CARLOS. (A los Consejeros después de una pausa.)—Habéis oído cuál es el estado de las cosas. No os detengáis más. Volved á Orleáns, y anunciadlo así á mis fieles súbditos. Yo les eximo de su juramento. Que acuerde, pues, lo que le convenga, y que se confíe á la clemencia del Borgoñón. Llámale el bueno, y será humano.

DUNOIS.—Pero, señor, ¿os proponéis abandonar á Orleáns?

UN CONSEJERO. (Arrodillándose.)—¡Rey y señor nuestro: no levantes de nosotros tu mano! No entregues tu fiel ciudad á la tiranía de Inglaterra. Es una de las joyas de tu corona, y ninguna otra ha sido más leal con los soberanos, tus abuelos.

DUNOIS.—¿Nos han vencido ya? ¿Es lícito ceder el campo, antes de esgrimir la espada en su defensa? ¿Intentáis, pronunciando esas palabras ligeras, y antes que corra la sangre, perder la mejor ciudad del corazón de Francia?

CARLOS.—¡Bastante sangre ha corrido ya en vano! El rigor del cielo me persigue; en todas las batallas ha sido derrotado mi ejército; mi Parlamento me rechaza, y lo mismo mi capital; mi pueblo recibe con júbilo á mi enemigo, y los más unidos á mí por los vínculos de la sangre me

abandonan y me venden... Mi misma madre acaricia en su seno al hijo de un contrario extranjero... Queremos, pues, retirarnos allende el Loira, y esquivar el poder del cielo, que favorece á los ingleses.

INÉS.—Dios no permite que desconfiemos así de nosotros mismos, y que volvamos al reino las espaldas. Esas palabras son indignas de vuestro ánimo esforzado. La acción atroz y desnaturalizada de su madre ha abatido su coraje. Recobraréis vuestros bríos, vuestra osadía varonil; resistiréis con noble firmeza á la desgracia, que os persigue con tan pertinaz encarnizamiento.

CARLOS. (Abismado en sombrías reflexiones.)—¿No es verdad? Un destino cruel y horrible predomina en los Valois. Dios los ha maldecido; los crímenes de una madre han llamado á las furias á su familia. Mi padre ha delirado veinte años, y la muerte segó prematuramente la vida de mis tres hermanos. El hado ha resuelto que la casa de los Valois se extinga en Carlos VI.

INÉS.—En vos se enaltecerá y rejuvenecerá. Tened fe en vos mismo... ¡Oh! No en vano os conservó la Providencia, entre todos vuestros hermanos, siendo el más joven, colocándoos, sin esperarlo, sobre el trono. El cielo, al daros esa alma sensible, os dió también el bálsamo para curar todas las heridas, que el furor de los partidos ha hecho á la patria. Apagaréis el fuego de la guerra civil, porque así me lo dice el corazón; la paz se consolidará, y seréis nuevo fundador del reino de Francia.

CARLOS.—¡Yo no! Esta época turbulenta y feroz pide un piloto enérgico. Yo hubiera hecho acaso la felicidad de un pueblo pacífico; pero no puedo refrenar al sedicioso y al rebelde. La espada no logrará atraerme los corazones, que se han apartado de mí y que me aborrecen.

INÉS.—El pueblo está ciego, ensordecido por su delirio, pero su actual estado no puede persistir. No parece lejano

el día, en que sentirá más vivo amor por su Rey legítimo, porque ese sentimiento está arraigado en el corazón de los franceses. Al contrario, se aumentará el odio y la rivalidad, que desde tiempos remotos separa á ambos pueblos, y su misma fortuna precipitará al vencedor. Por tanto, no debéis abandonar con precipitación el campo de batalla, sino disputar el terreno á palmos, y defender á Orleáns, como á vuestra propia vida. Echad á pique todas las barcas quemad todos los puentes, que podrían servirnos para pasar á esa parte de vuestro reino por el Loira, vuestra laguna Estigia.

CARLOS.—He hecho lo que he podido. Ofrecí combatir personalmente por mi corona... Lo rehusaron. Se prodiga en vano la vida de mis súbditos, y mis ciudades se convierten en ruinas. Como aquella madre desnaturalizada, ¿he de consentir que mi hijo sea dividido por la cuchilla del verdugo? No; que viva, y renuncio á él.

DUNOIS.—¿Cómo, señor? ¿Debe hablar así un Rey? ¿Así se abandona un reino? El más infimo de vuestros súbditos arriesga sus bienes por sostener su opinión y su vida, su odio ó su amor. El partido lo es todo, cuando se enarboia el sangriento estandarte de la guerra civil. El labrador se olvida del arado; la mujer de la rueca; los niños y los ancianos toman las armas; el ciudadano incendia su ciudad, y el agricultor sus mieses, por perjudicarte ó favorecerte, y por asegurar el objeto de sus votos. Ni perdona nada, ni espera perdón cuando el honor lo llama, ó cuando pelea por su Dios ó por sus ídolos. Despojaos, pues, de esa mujeril compasión, impropia de un Rey... Que arda la guerra, como ha comenzado, ya que vos mismo, y no levemente, la habéis promovido. El pueblo ha de sacrificarse por su Soberano; tal es el destino y la ley del mundo, y los franceses ni saben ni quieren otra cosa. Poco vale la nación, que no lo arriesga todo por su honor.

CARLOS. (Á los Consejeros.) — No aguardéis otra respuesta. Dios os proteja. Yo no puedo.

DUNOIS. — ¡Bien! Que el Dios de la victoria os deje para siempre, como vos hacéis con el reino de vuestros padres! Puesto que os abandonáis vos mismo, yo os dejo. No os despojan del cetro las fuerzas reunidas de Inglaterra y de Borgoña, sino vuestra falta de resolución. Los Reyes de Francia han de ser héroes, y vos no habéis nacido para la guerra. (Á los Consejeros.) El Rey os desahucia. Yo me propongo entrar en Orleáns, ciudad de mi padre, y sepultarme en sus ruinas. (Hace ademán de irse, y lo detiene Inés Sorel.)

INÉS. (Al Rey.) — ¡Que no se aleje colérico de vuestro lado! Sus palabras son ásperas, pero leal su corazón, puro como el oro; siempre os ama ardientemente, y con frecuencia ha derramado su sangre en vuestra defensa. ¡Venid, Dunois! Confesad que la ira os ha llevado más allá de los límites debidos... vos, perdonad sus expresiones ofensivas á vuestro fiel amigo. ¡Oh! ¡Venid, venid! Dejadme reconciliarlos en un instante, antes que una rabia imprudente los separe, y sea tan irreparable como funesto el daño que se cause. (Dunois mira atentamente al Rey, y parece aguardar su respuesta.)

CARLOS. (Á Duchatel.) — Pasemos el Loira. Embarcad cuanto poseo.

DUNOIS. (A Inés, con viveza.) — ¡Adiós! (Vase con precipitación, seguido de los Consejeros.)

INÉS. (Retorciéndose los brazos desesperada.) — ¡Oh! ¡Si nos abandona, somos perdidos!... Seguidlo, La-Hire. ¡Oh! Haced lo posible por aplacarlo. (Vase La-Hire.)

ESCENA VI.

CARLOS, INÉS y DUCHATEL.

CARLOS. — ¿Es la corona el único bien del mundo? ¿Tan amargo es renunciarla? Conozco algo más intolerable: dejarse dominar por esos caracteres imperiosos y tercios; vivir por gracia de vasallos orgullosos y egoístas, es lo más insufrible para un corazón magnánimo, y más odioso que sucumbir al destino adverso. (Á Duchatel, que vacila.) ¡Haz lo que te he dicho!

DUCHATEL. (Arrojándose á sus pies.) — ¡Oh, Rey mío!

CARLOS. — ¡Lo he resuelto! ¡No quiero oír una sola palabra!

DUCHATEL. — ¡Haced la paz con el Duque de Borgoña! No veo otro medio de salvación para vos.

CARLOS. — ¿Me das ese consejo, y es tu sangre la que ha de sellarla?

DUCHATEL. — ¡Vuestra es mi cabeza! La he arriesgado con frecuencia por vos en las batallas, y contento la llevaré ahora por vos hasta el cadalso. ¡Aplacad al Duque! Abandonadme á todo el rigor de su cólera, y dejad que corra mi sangre, si se ha de extinguir su odio.

CARLOS. (Que lo mira un instante conmovido.) — ¿Es, pues, verdad? ¡Tan deplorable es mi estado, que mis amigos, conocedores de mi corazón, me indican para salvarme tales oprobios? ¡Sí; ahora comprendo cuán profunda es mi caída, cuando ni en mi honor siquiera confían!

DUCHATEL. — Pensad...

CARLOS. — ¡Ni una palabra!... ¡No me irritéis más! Aunque perdiera diez reinos, no los rescataría á costa de la vida

de mis amigos... Haz lo que he mandado. Anda, y embarca mis muebles.

DUCHATTEL.—Pronto se hará. (Se levanta y se va, mientras Inés llora amargamente)

ESCENA VII.

CARLOS e INÉS.

CARLOS. (Cogiendo su mano.)—¡No te aflijas, Inés mía! Allende el Loira está también Francia, y vamos á una región más dichosa. Su cielo es sereno, y jamás las nubes lo ocultan; su aire más puro, y las costumbres más pacíficas. Hay allí cánticos numerosos, y allí florecen la vida y el amor.

INÉS.—¡Oh! ¡Que vea yo tan triste día! ¡El Rey ha de salir desterrado, huir el hijo del hogar paterno, y ausentarse del lugar de su nacimiento! ¡Oh tierra querida, la que abandonamos; jamás te hollaremos contentos!

ESCENA VIII.

Los MISMOS, y LA-HIRE, que vuelve.

INÉS.—¿Venís solo? ¿No lo traéis? (Mirándolo con más atención.) ¿Qué sucede, La-Hire? ¿Qué me indican vuestras miradas? ¿Ha ocurrido alguna nueva desdicha?

LA-HIRE.—La desdicha se ha agotado, y el sol brilla de nuevo.

INÉS.—¿Qué hay? ¡Decidlo, os ruego!

LA-HIRE. (Al Rey.)—¡Llamad de nuevo á los diputados de Orleans!

CARLOS.—¿Para qué? ¿Qué hay?

LA-HIRE.—¡Llamadlos! La fortuna os favorece al cabo; ha habido combate, y la victoria es vuestra.

INÉS.—¿La victoria? ¡Oh dulcísima y armoniosa palabra!

CARLOS.—¡La-Hire! Te engaña algún falso rumor. ¡La victoria! Ya no creo en ella.

LA-HIRE.—Pronto darás fe á mayores portentos... Ahí viene el Arzobispo. Trae de nuevo al Bastardo á tus brazos...

INÉS.—¡Oh bella flor del triunfo, que, como los frutos más preciados del cielo, te acompañan reconciliación y paz!

ESCENA IX.

Los MISMOS, y EL ARZOBISPO de Reims; DUNOIS, DUCHATTEL y el caballero RAOUL, armado.

EL ARZOBISPO. (Que acerca al Bastardo al Rey, y junta sus manos.)—¡Abrazaos, Príncipes! Desaparezcan ahora toda enemistad y todo agravio, puesto que el mismo cielo se declara en favor vuestro. (Dunois abraza al Rey.)

CARLOS.—Acabad con mi sorpresa y con mis dudas. ¿Qué me anuncia esta grave solemnidad? ¿Cuál es la causa de tan rápido cambio?

EL ARZOBISPO. (Que presenta al Rey el caballero.)—¡Hablad!

RAOUL.—Habíamos reunido diez y seis banderas de gente de Lorena, para juntarlas con el ejército del Rey, á cuyo frente estaba el caballero Baudricourt de Vancouleurs. Al

llegar á las alturas de Vermantou, y bajar al valle que atraviesa el Loira, nos aguardaba el enemigo en la llanura, y sus armas nos rodeaban por todas partes. Cercábanos dos ejércitos, y no había esperanza de vencer ni de huir. Abatiéronse los más esforzados, y todos, presa de la desesperación, se disponían á entregar las armas. Cuando los capitanes deliberaban, y no encontraban medio alguno de salvarse... he aquí que se ofrece á nuestra vista una maravilla. De lo más espeso del bosque sale de repente una doncella, con un yelmo en su cabeza, como la Diosa de la guerra, bella asimismo, y terrible su aspecto; su cabello, en espesos rizos, caía sobre sus espaldas, y pareció que un resplandor sobrenatural lo iluminaba todo, exclamando en voz alta: «¿Por qué vaciláis, bravos franceses? ¡Al enemigo! Aunque fueran más numerosos que las arenas del mar, Dios y la Santa Virgen os guían!» Rápida arrebató la bandera de las manos de quien la llevaba, y con osadía y valor se puso al frente de las tropas. Nosotros, mudos de sorpresa, contra nuestra voluntad, seguimos á la bandera, que flotaba en lo alto, y á la que la llevaba, y atacamos sin titubear al enemigo, que, atónito é inmóvil, contemplaba este portentoso con ojos abiertos y parados... De improviso, como si les acometiera miedo infundido por Dios, se ponen en huida, tiran armas y pertrechos, y se derraman en confuso tropel por el campo. Inútiles son las voces de mando y las exhortaciones de los capitanes, porque, desalentados de miedo y sin volver la cara atrás, hombres y caballos se precipitan en el río, y se dejan degollar sin resistencia. Era una matanza, no una batalla. Dos mil hombres cubren la tierra, sin contar los anegados, y nosotros no hemos perdido uno solo.

CARLOS. — ¡Raro, por Dios, es esto, extraño y milagroso!

INÉS. — ¿Y es obra de una doncella? ¿De dónde viene? ¿Quién es?

RAOUL. — Sólo al Rey quiere declararlo. Dicese profetisa, enviada por Dios, y promete salvar á Orleáns, antes de la luna nueva. La cree el pueblo, y arde por combatir. Sigue al ejército, y pronto estará aquí. (Oyense campanas y ruido de armas, que chocan.) ¿Oís el bullicio? ¿Oís las campanas? Es ella; el pueblo saluda á la mensajera de Dios.

CARLOS. (A Duchatel.) Traedla... (Al Arzobispo.) ¿Qué he de pensar, cuando una doncella me proporciona la victoria, y ahora justamente, cuando sólo el poder divino puede salvarme? Esto no es natural, y me inclino á... ¿Debo, oh Arzobispo, considerarlo como un milagro?

MUCHAS VOCES. (Detrás de la escena.) — ¡Viva, viva la doncella, nuestra salvadora!

CARLOS. — ¡Ya llega! (A Dunois.) ¡Ocupad mi lugar, Dunois! Probaremos si es esta joven maravillosa. Si Dios la inspira y la envía, conocerá quién es el Rey. (Dunois se sienta, y el Rey se queda en pie á su derecha, y junto á él Inés Sorel: enfrente el Arzobispo y los demás personajes, dejando libre el espacio intermedio.)

ESCENA X.

Los mismos y JUANA, acompañada de los consejeros y de muchos caballeros, que llenan el fondo de la escena; se adelanta con dignidad, y examina á cuantos la rodean.

DUNOIS. (Después de un silencio solemne.) — ¿Eres tú, doncella milagrosa...

JUANA. (Interrumpiéndolo, y mirándolo con orgullo.) — ¡Tientas á Dios, Bastardo de Orleáns! Abandona ese lugar, que no es el tuyo, porque vengo á visitar otro más elevado que tú. (Dirigese con decisión al Rey, dobla ante él una rodilla, y se retira)